



EL BUEN
COMBATE

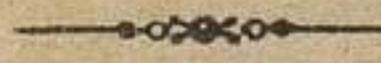


1896



FA-599-012

CATÓLICOS DE VERDAD



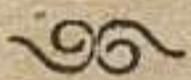
SEGUNDA PARTE

DE

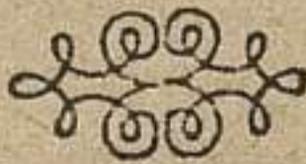
CATÓLICOS... A LA MODA

POR

RAQUEL



CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



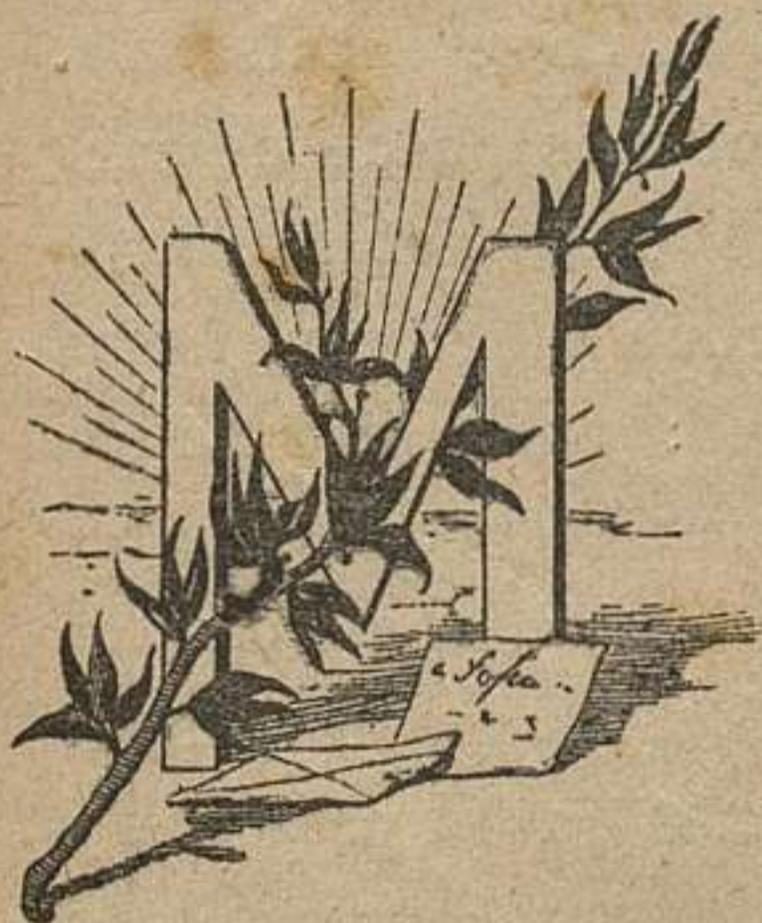
BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

Es propiedad



Barcelona, Julio de 189...



Querida Consuelo: Aunque eres tan dura para mí y no quieres ceder ni transigir en nada, riéndome constantemente, yo no sé pasar mucho tiempo sin escribirte, desde que...

vamos, lo confesaré claramente (aunque te bañe con agua de rosa con esta confesión), desde que tus cartas han despertado en mi interior *algo* que dormía, *algo* que yo no acierto á definir bien, y que puede explicarse mal, pero no sé mejor, diciéndote que es como un vago deseo de volver á la piedad de mis hermosos años juveniles.

Porque no dejo de hallar razón en algunas cosas de las que me dices, y si transigieras un

poco, si fueras menos intolerante, hermana mía, creo que llegaríamos á entendernos.

Yo tomando unas cosas y tú dejando otras, estaríamos acertadas; pero ese catolicismo tuyo tan austero y tan intransigente no es para vivir en el mundo; gracias que se practique en los conventos.

Pero no discutamos: quiero darte una buena noticia: al fin he hallado un novio para Teodora, como lo deseaba, aunque ella no se entusiasma. Es rico, joven, guapo, ¿qué más puede desear? Y á pesar de esto, lo repito, esta criatura singular no se entrega á ninguna alegría, ni forma planes, ni acaricia ilusiones: ¡cuán distinta era yo á sus años! ¿Quieres creer que cuando la reprendo por su frialdad y por lo poquísimo que complace al novio y á la familia, me responde: «Mamá, es que tú no ves más que el presente y yo miro al porvenir... es que yo me pregunto si bastan las riquezas para llenar las aspiraciones del corazón, y aunque me parece bueno mi prometido, porque no sé de él nada malo, me asusto viendo que es frívolo, insubstancial, vanidoso, y quisiera que fuese más serio, que pensara en algo digno y grande, que hablara de cosas útiles ó hermosas, y veo con dolor que no se ocupa más que de perros, caballos, carreras, teatros y paseos... un hombre así no es el ideal de una mujer como yo?»

Es muy extraña Teodora. ¿En qué ha de pensar ni de qué ha de ocuparse el heredero de una gran fortuna? ¿Si querría que trabajase como un pobretón? Verdaderamente que yo parezco la novia, porque estoy más entusiasmada que ella.

Aspasia, que frecuenta tantos salones, me ha dicho que en todos ellos no se habla más que de la buena boda que hace mi hija; y que todas las jóvenes casaderas suspiran de envidia, mientras que las mamás rabian que se desesperan... ¡que rabien! las voy á dejar *chafadas* con el *trousseau*, que lo he encargado á París y que nos cuesta muchos miles de duros... lo expondré en mis salones, y por ellos desfilarán las curiosas sin encontrar un motivo para sus críticas. ¡Si vieras qué contenta estoy!...

Hemos convenido en que vivan con nosotros, porque de otra manera esta simple Teodora sería capaz de perder el cetro de la elegancia y del buen tono, y convertir á su marido, ó por lo menos dejarle ir solo á las fiestas, y quedarse ella en casa con sus libros y sus pinceles...

Escríbeme pronto y largo; dime lo que haces: recibe los afectos de todos y el cariño de tu hermana

GABRIELA.



Las Palmas, Julio de 189...



QUERIDA Gabriela: Tu última carta es como todas, por más que con inmenso júbilo de mi alma veo por ella que comienzas á *pensar*, y como natural consecuencia de esto, á *sentir*: ese *algo* que tú no entiendes es la voz de la conciencia y de la razón, es un aviso de Dios, que quiere abrirte los ojos para que veas claro; que quiere sacarte de ese abismo de frivolidades, despilfarros y tonterías que constituyen la vida mundana, para hacerte lo que siempre debiste ser, ¡*católica de verdad!*

Porque, hermana mía, no te enfades; no eres católica sino á medias; tienes un catolicismo de salón escrito en perfumadas páginas por cronistas y revisteros que confunden todas las cosas queriendo amalgamar lo santo y lo frívolo, lo recto y lo equivocado; catolicismo que *porque*

está de moda, va á los Ejercicios y á la novena, donde predica el orador de actualidad que recrea el oído huyendo de las tremendas verdades eternas y entreteniendo á su auditorio con floreos, y de allí te marchas tranquilamente al teatro para oír y contemplar las inmoralidades del drama ó de la comedia, donde se ensalza todo lo malo y se ridiculiza todo lo bueno: catolicismo *fin de siècle* que te permite comulgar por la mañanita con mucho recogimiento, según dices, y luego corretear todo el día, y escandalosamente escotada por la noche bailar hasta rendirte de fatiga... ¡Ah, mi pobre Gabriela, qué tiempo tan perdido!... ¡qué ejemplos tan detestables para tu familia!... ¡cuánto distas de Isabel la Católica cosiendo las camisas de su marido, de Blanca de Castilla dando sublimes lecciones á su hijo, de Mónica llorando y orando sin tregua para alcanzar la conversión de Agustín!...

Yo no puedo transigir contigo, hermana mía, porque la verdad no es más que una, y no puede lo blanco dejar de serlo aunque te empeñes en probar que es negro: no puedo ceder, porque la Religión nos ha impuesto sus preceptos, y como hijos sumisos y obedientes de la Iglesia los hemos de aceptar *¡todos!*... no puedo aplaudir ni admitir en lo más mínimo tus errores, aunque los quieras disfrazar con el manto hermoso de la

verdad, porque uno es el Evangelio, y no dos; y uno es para todos, y no vamos á reformarlo... te parece que nemos de corregir la plana á Dios mismo? ¿Qué es duro de cumplir? Algo, lo confieso, aunque no tanto como la impiedad lo dice; pero, ¿no sabemos que el mundo es lugar de prueba, y que después tendremos la recompensa ó el castigo por toda la eternidad?

El que no cree en las verdades del Evangelio, es un desdichado; pero el que las cree y vive como si no las creyere, es un loco: ¿de qué te servirá haber creído si no obras conforme á lo que crees? no basta la fe sin obras, porque es muerta... ¡también los demonios creen!...

Tu hija, permite que te lo diga, vale más que tú... tiene más juicio y prudencia, como lo demuestran sus reflexiones cerca del matrimonio, que es una cosa más seria que hacer rabiar á las mamás, gastar muchos miles de duros en trapos y exponerlos á la admiración, la crítica y la envidia... Educada por otra madre, Teodora hubiera sido modelo de mujeres cristianas.. ¡pobrecita! bastante hace luchando sola contra la impetuosa corriente.

Los padres casáis hoy á las hijas como si tuvieseis afán de sacarlas de casa. Una buena boda? a se sabe que según la fraseología actual, es un hombre rico y de buena posición social, que

no es lo mismo... Sus costumbres, sus ideas, sus aspiraciones, ¿qué significan? Con tal de que no cometa ninguna de esas grandes iniquidades que caen bajo la acción del Código, lo demás... ¿lleva frac y guante blanco, brillantes en la pechera, gasta coche y nada en la opulencia? ¡Pues es un partido brillante, *es el premio gordo* (1), aunque más de una infeliz le haya sacrificado su reputación, y viva encenagado en todos los vicios y le guste, le atraiga y le sujete todo lo prohibido!

Así se ven tantas desgracias: jóvenes pidiendo el divorcio á los pocos meses de casadas; jóvenes á quienes un resto de pudor y de dignidad hacen esconder su desventura, y lloran solas en su hogar, procurando ahogar sus angustias entre los placeres que les brinda el mundo; jóvenes, en fin, que son viejas prematuras, aisladas entre la multitud, con el corazón vacío, el alma enferma y el hastío y el desencanto por compañeros... cuando no son mujeres casquivanas y desenfrenadas que se van por un lado... ¡cuando se va por otro el que obtuvo su mano sin buscar su corazón!... ¡Cuadro tremendo y lúgubre, pero cierto!...

¡Aspasia y tú sois dos locas como tantas!... Aquélla atiza tu vanidad y tus frivolidades por-

(1) Histórico.

que es una mujer mundana, que sólo piensa en divertirse; que toma lo que le conviene de la Religión, y que cuando no murmura, protestando de que no lo hace, no sabe qué decir; que lee constantemente cuanto de malo se ha escrito, y encuentra soso y propio para niños todo lo que tiene sabor moral y piadoso; y tú, madre frívola, que en vez de admirar las bellezas morales de tu hija, la censuras y la juzgas tonta y sin sal... ¡bendito Dios! ¡cuán equivocados andan los que piensan que la piedad no es necesaria para la dicha del hogar, y el buen orden y bienestar de la familia!

¡Y de fijo que te enfadas cuando te digo que no eres católica de verdad!... ¡Y tienes sobre la mesa dándose de cachetes y bramando de verse juntos al Kempis y las novelas de Dumas y Galdós!... ¡Y frente al Crucificado que *todavía* no has desterrado de tu gabinete, se ostentan las desnudeces impúdicas del arte pagano!... ¡qué desatino juntar la verdad con lo mentira, á Cristo con Luzbel!

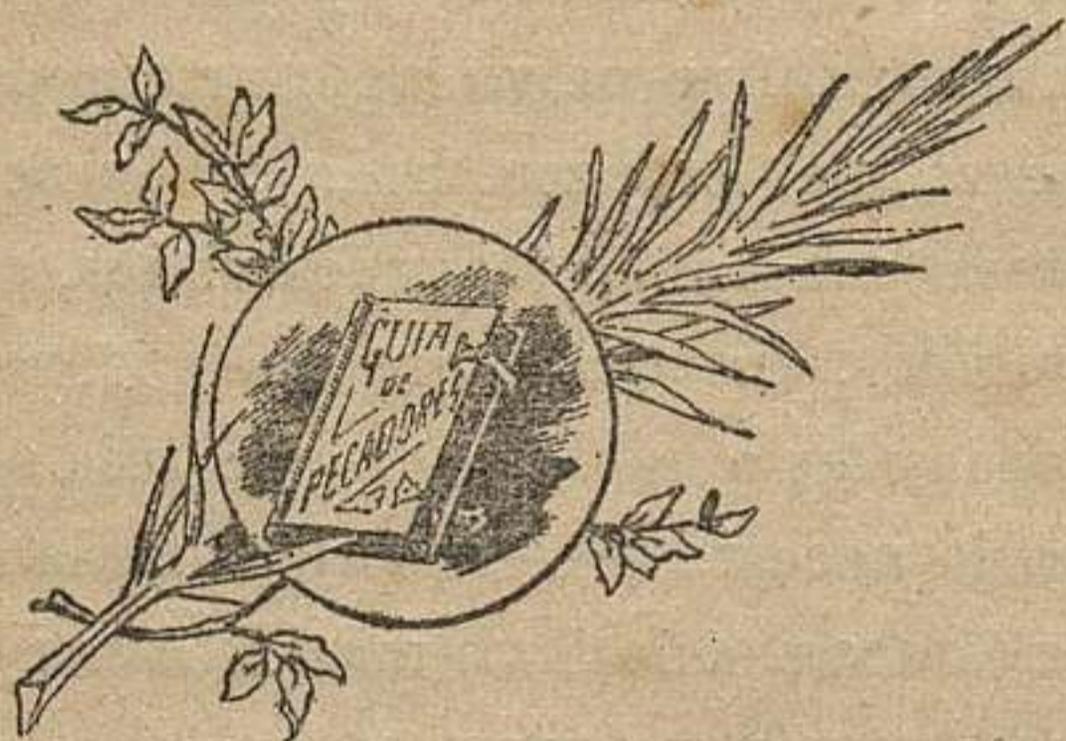
¿Que te diga lo que hago? ¿Y cómo hablarte de mis ocupaciones, tan distintas de las tuyas? Pero me lo pides y te lo diré.

Me levanto temprano y hago mi oración, consultando con Dios las cosas de mi obligación,

para obrar después lo más rectamente posible; voy á Misa, y con mucha frecuencia recibo el Pan de los fuertes: de la iglesia salgo siempre fortalecida para los combates de la vida... porque allí, cerquita del Tabernáculo donde está Jesús prisionero por nuestro amor, medito, consulto, gimo, clamo, espero, aprendo, todo!... allí renuevo cada día mis promesas y mis propósitos, me arrepiento de mis faltas y me enciendo en amor divino: allí resuelvo soportar con paciencia las flaquezas del prójimo, huir de la ociosidad, que es bien madre de todos los vicios, ayudar á los desvalidos, enseñar al que no sabe, practicar, en fin, todas las obras de misericordia según lo requiera la necesidad ó se presente la ocasión.

Después acompaño á mi marido á dar un largo paseo: luego me ocupo en las cosas de casa, escribo á mi hija la monja si tengo carta suya que contestar, y á la casada dándole reglas para vivir cristianamente; cuido de que estudien los pequeños y cumplan su deber los criados: más tarde voy á visitar á mis pobres, y allí aprendo á agradecer á Dios lo que tengo y á conformarme en mis tristezas, que á nadie faltan: y viendo en cada pobre la imagen doliente de Jesucristo, ejercito las obras de misericordia para tener derecho á la suya, según sus promesas, que no pueden faltar.

El resto del día lo empleo en hacer alguna visita acompañada siempre de Dios (para no murmurar ni consentir hasta donde pueda que se murmure), en leer mis hermosos libros; ¡porque hay escrito mucho bueno, Gabriela! escribir, coser, pintar un poco, tocar el piano... des-



pués de comer rezamos el Rosario en familia, leo un par de capítulos de la *Imitación de Cristo*, para que oigan las criadas, y entretenidas en amenas pláticas esperamos la hora de acostarnos *en paz y gracia de Dios!*...

Tengo particular gusto en hermosear mi casa, que es cómoda y bien situada; tengo muchas flores y pájaros en todas partes; cuadritos pintados por mis hijos y por mí; en todas las habitaciones

hay objetos que hablan al alma; libros, pinceles, imágenes de la Virgen y de los Santos; labores delicadas, en una palabra, se ven las huellas de la ama de casa que piensa, que medita, que ora, que no vive para el mundo y para los sentidos, y excusado creo añadir que no se encuentra ni una novela inmoral, ni un periódico impío, ni un cuadro *pagano*...

Ya ves cómo paso la vida: no echo de menos ni el teatro, ni el bullicio, ni los refinamientos del lujo, ni las veleidades de la moda. Aquí todavía se vive sencillamente; y aunque oigo decir continuamente que *esto es vegetar*, yo te aseguro que *vivo!* ¿No está en las Palmas Jesús Sacramentado, foco de vida eterna? Cuando desfallezco me voy á visitarlo, y me consuela, reanima mis fuerzas, me habla interiormente... lo escucho y espero... ¡es tan dulce esperar!...

Mis hijas son felices hasta ahora: la casada viaja con su marido, que deseaba presentarla á su familia; la novicia se ejercita en la mortificación y la oración... ella ha escogido como María la mejor parte, pues aunque dice el mundo que las monjas no sirven para nada, yo te afirmo que sirven para mucho... ¡oran por tantos que no lo hacen!... ¡se mortifican por los regalados y sensuales del siglo! ¡se interponen entre la justicia

de Dios y los crímenes del mundo!... ¡Ah, Gabriela! ¡si tú entendieses esas cosas!...

Déjame aunque con pena decirte adiós, porque es tarde y he de rezar el Rosario y me aguardan las criadas: no dejes de escribirme, y cree que te ama entrañablemente tu

CONSUELO.





Barcelona,
Agosto de 189...

QUERIDO Fe-
derico: la
mano de Dios
pesa sobre nos-
otros... la des-
gracia ha en-
trado con la
muerte en

nuestra casa, y la que era toda su alegría ya no
existe. Hace tres días que enterramos á Teodora,

como sabrás por el telegrama que te hice poner, y para nosotros no hay consuelo... ¿qué había hecho nuestra pobre hija para morir tan joven? ¿Por qué Dios se la ha llevado cuando no tenemos otra y tantá falta nos hace? ¡Oh hermano! A ratos, en mi honda pena, acuso al cielo de implacable para mí; otras veces me asusto de mi vida habiendo visto la muerte tan cerca... ¡qué triste es la muerte! ¡qué verdad es aquello de Bécquer:

«Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

Yo no puedo dormir, ni comer, ni sosegar, pensando que mi Teodora, tan angelical y tan hermosa está sola, allá en el cementerio, en un horrible nicho! Y á pesar de que le hicimos un entierro suntuoso al que asistió medio Barcelona, y de que tenemos la casa llena de gente á todas horas, lo cual es un consuelo, estoy á dos dedos de la desesperación.

Gabriela está enferma, y me encarga que le ñigas á Consuelo que cuando pueda le escribirá, y que desea que le escriba muy largo.

Federico, repito mi pregunta: ¿por qué se ha llevado Dios nuestra hija, que era toda nuestra felicidad? ¿por qué no me he muerto yo, y por

qué habiéndola visto morir vivo todavía? ¡Era tan buena! ¿qué va á ser ahora de nuestra casa y de nosotros? ¿á dónde iremos sin ella?

No puedo escribir más... saluda á tu mujer y á tus hijos, y compadece á tu afligido hermano

PASCUAL.

Las Palmas, Agosto de 189...



QUERIDÍSIMOS hermanos: Vuestra desgracia nos aflige profundamente y á no ser por este pedazo de mar que nunca me ha parecido tan grande como ahora, ya estaría á vuestro lado como lo estoy en espíritu, acompañando vuestra soledad y procurando calmar vuestra pena... grande es, no lo niego, pero, por Dios, no lloréis como los que no tienen fe... no lloréis como los infelices que piensan que todo acaba aquí... alzad el corazón hasta el cielo, y contemplad á vuestra Teodora junto al Señor, gozando de la bienaventuranza como un ángel que es, y consolaos, porque el mundo es tan triste que no debemos sentir que lo dejen pronto los seres que amamos.

No acuséis á la Providencia, y decid con Job :

Dios nos la había dado... Dios nos la quitó... ¡sea bendito el nombre del Señor!... Llorad, porque el llanto alivia el corazón, pero tranquilamente, sin entregaros á pensamientos desconsoladores, sin acordaros del cuerpo que es sólo barro... mirad al alma inmortal; orad y esperad en paz el día feliz de reuniros con ella á los pies del Señor.

Yo envidio á vuestra hija, creedme: la muerte es punto de reposo, término de combate, puerta del cielo: acostumbrada á pensar en ella cada día, la espero como una dulce mensajera que vendrá á darme noticias de la vida eterna y conducirme á ella... pensadlo bien, y encontraréis que tengo razón.

¿Quién sabe las penas que hubieran desgarrado el corazón amantísimo de aquella criatura generosa y buena? ¿quién os asegura que no iba á ser desgraciada en su matrimonio, y Dios se la ha llevado al descanso eterno, como se quita del tallo la flor que iba á tronchar el huracán?

Pero no son estos momentos para razonar... hablaremos largamente otro día: hasta entonces besad la mano que os hiere, mano paternal no menos piadosa y justa cuando castiga ú oprime, que cuando acaricia y levanta... haced actos de conformidad con la voluntad divina, y orad por el eterno descanso de la que amáis.

Federico no escribe porque se encuentra peor de sus dolores en estos días, pero se une á mí para acompañar vuestra pena, y os abraza como vuestra amantísima

CONSUELO.



Barcelona, Octubre de 189...



¡ amadísima Consuelo: Aquella frase tuya *no eres digna de tener tal hija*, resuena sin cesar en mis oídos, y ha producido en mi interior una verdadera revolución, porque soy otra completamente distinta, pienso de diferente manera, y me he convencido de que Dios me quitó á mi Teodora porque, como dijiste muy acertadamente, no éramos dignos de poseerla; Dios se la llevó porque era un ángel, y los ángeles no están bien en el mundo... mi hija sufría la nostalgia del cielo, que era su patria.

¡Oh hermana mía! Déjame referirte como se ha obrado en mi alma cambio tan radical, para que bendigas al Señor que saca bien del mal, que viéndome más y más envehida con la prosperidad y la dicha, siempre ocupada de mí misma, de mis cualidades, de mis riquezas, apegada á la tierra como se aferra el muérdago á la enci-

na, según la expresión de un poeta, ha sabido atraerme á El y desprenderme de las vanidades del mundo aplicando á mis llagas el cauterio... Sí, Consuelo, Dios ha destrozado mi corazón, me ha abatido, me ha aniquilado robándome lo que era mi encanto y mi delicia; el mundo ha quedado vacío para mí, y después de unos días de horrible desesperación en que acusé al cielo y maldije mi suerte y pedí á gritos morir, vino la reacción franca y completa... pensé en tí, pensé en mi vida loca y disipada, acudí al Señor, y El que va en busca de los que le huyen, al verme afligida á sus pies tuvo compasión de mí...

Estuve enferma, Consuelo: cuando dejé la cama donde me había retenido quince días una violenta fiebre, sentí un vacío tan grande en torno mío y sobre todo en mi interior, que pensé volverme loca; resonaba siempre en mi oído tu oportuna aunque tremenda frase; así pasé dos meses, y una tarde me fuí á la iglesia para llorar libremente...

Allí, cerca del altar, de rodillas y con el rostro oculto entre las manos lloré con amarguísimo desconsuelo... clamé á Jesús, invoqué á la Virgen, pedí á Teodora que orase por mí, y sin saber cómo ni por qué, cediendo á un irresistible repentino impulso de mi corazón lacerado, fuí á postrarme á los pies de un sacerdote que confesaba allí cerca...



... un sacerdote que confesaba alli, cerca...

No sé lo que le dije; no sé lo que me contestó: dejé que la ola de dolor y desesperación que me anegaba interiormente se escapase de mis labios; lloré con desgarradores sollozos, y creo que él hizo esfuerzos para verter sobre mis heridas un chorro de bálsamo que pudiese mitigar sus ardores y aliviar tanta amargura.

Le ofrecí volver, y cumplí mi palabra: al día siguiente sentía ya imperiosamente la necesidad de comunicarme con aquel venerable anciano, que tan caritativamente me acogió sin contradecirme ni reprender mis palabras de queja desesperada... más tranquila, le abrí mi corazón y le conté toda mi vida... ¿por qué? ¡ah! era que Dios quería que saliese de aquel torbellino de disipación, de vanidades, de frívolos pasatiempos, y emprendiese una vida verdaderamente cristiana.

El ministro de los altares no hizo más que repetirme lo que en todos los tonos me habías dicho tú; censuró mis costumbres, me animó para comenzar la práctica de la sólida virtud, y me abrió los ojos... ¡Ay, Consuelo! ¡Cuánta razón tenías cuando me llamabas loca, vanidosa, frívola y mundana! Sí, hermana mía, yo era esclava del mundo, y quería amalgamar el error con la verdad; tomaba de la ley divina lo que me complacía, desechando lo que no se acomodaba á

mis costumbres, y con ligereza inconcebible dormía al borde del abismo.

¡Oh, qué largos años perdidos para la vida futura! ¿Qué hubiera sido de mí si Dios me hubiese llamado á juicio antes de convertirme á El? ¡Y me parecía que era tan buena! y estaba tan satisfecha de todo lo mío que me juzgaba la mejor de las madres, la esposa modelo, la cristiana perfecta... y he visto que todo se reducía á dar culto al *yo*... que todo era vanidad de vanidades y aflicción de espíritu...

Ahora sí que te comprenderé, Consuelo; porque he ido rápidamente á donde estabas tú... he cerrado mis salones para siempre á la turba de parásitos aduladores y frívolos que los invadían; he hecho comprender á Aspasia que no quiero saber más vidas ajenas, que no quiero murmurar ni que se murmure delante de mí, mientras que lo pueda evitar; he comenzado una reforma absoluta de vida, y con la ayuda de Dios espero conseguir que Pascual, imitándome, logre la ansiada paz del corazón que tanta falta le hace.

Pero ¡cuántas dificultades para todo! ¡Cuánta lucha con esas gentes que siguen pensando como pensaba yo antes, y que dicen de mí ahora lo que antes decía yo de ti y de las que se te parecen!... dicen que me he vuelto loca á consecuencia de mi desgracia, y no saben ¡infelices! que nunca estuve más cuerda.

Escríbeme, hermana mía; deja correr la pluma sin trabas, que como antes digo, ya te entiendo... aconséjame, dime cuanto creas oportuno, y está cierta de que haces una verdadera obra de caridad.

Ahora comprendo que Dios me ha hecho un beneficio llevándose á mi hija: duro es confesarlo, pero cierto. Iba á ser desdichada con su marido, porque... ¿lo creerás? á los ocho días de haber muerto aquel ángel de bondad fué al teatro... excuso los comentarios.

Adiós, mi hermana querida, pide á Dios que me dé la virtud de la perseverancia, y escribe muy largo á tu triste pero resignada hermana,

GABRIELA.

Barcelona, Noviembre de 189...



HERMANA del alma!..

Siento la necesidad de volverte á escribir aunque no has contestado todavía á mi última carta, y he de contarte en ésta, para dar consuelo á tu cristiano y hermoso corazón, la reforma de mi

vida y de mi casa, y algo que te llenará de alegría... Pascual se ha confesado *porque sí...* yo nada le dije...

fué porque al ver mi resignación comprendió que los Sacramentos son la fuente inagotable del consuelo, y también se halla transformado. ¡Cuán bueno es el Señor, y cuán infinita su misericordia!...

He reformado mi casa, Consuelo... ya no se halla en ella un cuadro que ofenda la vista del más exigente; ya no tengo novelas inmorales

que van lentamente envenenando los corazones, apartándolos de la vida piadosa y sumiéndolos en la indiferencia ó la impiedad... me he borrado de la subscripción de los periódicos en cuyas columnas junto al chiste volteriano, ó la embozada acometida á la Religión ó á la descarada mentira que calumnia y denigra, se habla con falso misticismo de las bellezas de la fe y se insertan alabanzas á los Santos... ¡Ya no presto directa ni indirectamente ninguna ayuda á los enemigos de Cristo y de su Iglesia!

En cuanto á mi persona, también da señales de verdadera reforma. Llevo luto rigurosísimo y sencillo hasta lo sumo; dejo el lecho temprano; voy á Misa todos los días, con gran contento de mi suegra, que se entusiasma con mis nuevas costumbres; comienzo á practicar obras de caridad, á pensar un poco en los demás, á atender á mis criados de quienes jamás me ocupé, á orar largos ratos en la soledad de mi cuarto ó en la iglesia, cerquita del tabernáculo... y como Dios es todo misericordia para los que de veras le buscan, experimento dulcísimas consolaciones, y cada día me hallo más fuerte para luchar contra el mundo, el demonio y la carne...

¡Y qué ataques me dan, Consuelo!... ¡cómo ridiculizan mis acciones Aspasia y compañeras de locuras!... ¡cómo discuten llevando siempre,

como comprenderás, la merecida derrota!... Yo tengo, siempre lo he tenido, aun para lo malo, el valor de mis convicciones, y sin arredrarme confieso mi fe práctica, digo muy alto que vivía equivocada, que aquella vida era remedo del Paganismo, y que me arrepiento de ella con todas las energías de mi alma: me llaman entonces exagerada, fanática, beata, simple y hasta llegan á decir con gestos de lástima: «¡Pobre Gabriela... con la muerte de su hija se ha trastornado!» Y no entienden los infelices que me he salvado.

Quiero hacer mucho bien, Consuelo, porque hice mucho mal: haré una cruzada contra el lujo, las desnudeces de la moda, los malos periódicos, las novelas inmorales, los bailes y los teatros donde se pregonan todas las desvergüenzas entre aplausos y regocijos... quiero ser *católica de verdad*, ayudando en todo cuanto pueda á procurar la gloria de Dios y derrotar á sus enemigos.

Y porque así lo digo muy claro, mis amigas de otro tiempo me dicen que no sea tonta, que esas exageraciones á nada bueno conducen, que los curas me han trastornado el juicio, y que me harán pasar una vida obscura, triste y aburrida... El otro día Aspasia se enfadó, y me echó en cara todas mis locuras y doctrinas de antes: yo la oí

en paz, aunque en mi interior sentía la rebelión, y le contesté con sencillez que decía verdad, que yo había sido muy mundana, pero que ahora quería ser muy santa. ¡Y se fué bramando de coraje, diciendo que el fanatismo religioso ha llenado en toda época los manicomios!...

Pascual ha variado mucho también: ahora dice que se decide á salir de su apatia y de su retraimiento, reconociendo que eran el más completo egoísmo; y que va á ayudar toda obra buena: se ha subscripto á todos los periódicos católicos de la ciudad y ha destinado una regular cantidad para limosnas todos los meses; porque, da vergüenza decirlo, Consuelo, pero él con dar una peseta en cuartos creía haber puesto una pica en Flandes, ocmo se suele decir, y yo... yo, nunca tenía bastante para joyas, perfumes, sombreros y atavíos, ¿cómo había de quedarme algo para los pobres?

Recuerdo con honda pena, hermana mía, que una vez me pidió una limosna una familia desgraciadísima, y Pascual acababa de regalarme quinientos duros: eché mis cuentas; tanto para un brazalete, tanto para dos trajes, dos sombreros, dos manteletas; el resto no me alcanzaba para dos sombrillas iguales á las de la marquesa de B..., y no puede dar á aquellos infelices la limosna que necesitaban... ¡todo era poco para mí!

Era todo mi afán sobresalir, brillar en primera línea, deslumbrar; que se citasen mis trajes, que se comentasen mis palabras, que me alabasen como una mujer de moda... y para conseguir esta tontería, no perdonaba sacrificio alguno, llegando alguna vez hasta ^{con}traer deudas, que por fortuna mi marido pagaba en seguida.

En cambio, mi pobre Teodora cercenaba cuanto podía de la cantidad que le dábamos para el tocador, y siempre tenía para sus pobres, que inconsolables la lloran y agradecidos la bendicen.

Sirvan estas humillantes confesiones, de reparación de mis faltas, hermana mía, y ojalá que mi repentina mudanza, que considero un grandísimo favor de Dios, sirva de ejemplo saludable á tanta mujer de corazón pequeño y cabeza vana como hay en el mundo.

Adiós, abraza á tu marido y á tus hijos, y no olvides á tu hermana que te quiere.

GABRIELA.

Las Palmas, Diciembre de 189...



Mi amadísima Gabriela: Tus dos últimas cartas son una confesión tan hermosa, que no necesitas describirme ya más el estado de tu espíritu... la gracia le ha transformado, y no ceso de bendecir á Dios, que escribe renglones derechos por líneas torcidas, y que al herirte con el más tremendo golpe que recibir podías, te ha salvado.

Mucho me complacen tus resoluciones y las prácticas que has emprendido, y nada me sorprende lo que me cuentas de la guerra que te hacen tus amigos. Es la misma que tú me hacías... es la que se repite y se repetirá siempre por el espíritu del mundo contra el espíritu de fe, tan difícil de guardar en esta sociedad desequilibrada, donde impera el error

constantemente; pero no temas... si verdaderamente amas á Dios El te defenderá, El te enseñará á luchar, y dándote fuerzas para vencer hará tuyos los laureles del triunfo... por eso decía, con santa osadía, el Doctor de Hipona: *Ama, y haz lo que quieras...* porque el amor, Gabriela, acorta las distancias, suaviza las asperezas, vence los obstáculos y nos enseña á no hacer nada que pueda desagradar al objeto amado.

Sí, hermana mía, has de ser valerosa y confesar que estás decidida á ser católica de verdad, y no como esos que tienen un pie en el campo de Cristo y otro en el de Satanás, blasonando, no obstante, de ser buenos cristianos como el que más. Yo sé de un liberal, perpetuo enemigo de la Iglesia y que no disimula su antipatía á todo lo que huele á sacristía, según su misma frase, que tiene al lado de su cama un hermoso cuadro de San Miguel... Yo cuando lo veo me pregunto silenciosamente: ¿á quién rendirá culto, al Arcángel ó á Luzbel derribado á sus pies? La respuesta no es dudosa.

Como éste hay muchos, que creen en Dios y en los preceptos que les acomodan, que rechazan todo lo que se resiste á su escudriñadora razón, que no ayunan porque nada (dicen) le importa eso á Dios, que leen todo lo prohibido porque ellos (añaden) no van á saber nada nuevo ya, y

esas prohibiciones son para gentes débiles é ignorantes... que abrigan mil prevenciones contra la Iglesia y sus ministros, porque las han aprendido en el periódico con que á diario apacientan su curiosidad, que hallan muy bien para las mujeres eso de novenas y Cofradías, y que de ningún modo admiten el poder temporal del Papa, y sin embargo, óyelos... ¡son católicos!... sólo que no se ocupan en esas pequeñeces de los fanáticos.

Gabriela, no lo olvides: ser católico es creer y practicar todo lo que la Iglesia de Cristo nos manda, sin reformas ni componendas, ¡así se hayan de sacrificar los intereses materiales, así hayamos de pasar animosos sobre nuestro propio corazón, así se hunda el mundo!...

Y vale más ser enemigo franco de Cristo que hipócrita y solapado, porque éstos hacen más daño que aquéllos.

¿Que el ser católico de veras impone sacrificios? Sí, no lo niego; no podrá el que lo sea transigir con los enemigos de la Iglesia, y por esto perderá quizás crédito y medro entre ellos; no llegará á ciertos puntos, ni amontonará caudales mal adquiridos, ni vivirá á sus anchas... tendrá que renunciar al espectáculo inmoral, ya sea hombre. ya mujer, porque no hay una moral para cada sexo, y por la misma Ley se nos juzga-

rá en el tremendo día de las cuentas... hay que humillar la razón orgullosa ante los misterios de nuestra santa fe, y creerlo, aceptarlo, practicarlo todo sin que falte ni una tilde, porque de lo contrario *no cumplimos*... hay que alzar la voz para defender á Cristo, á la Iglesia, á su Vicario cuando les ataquen los enemigos, sin temor al respeto humano y al tonto *¿qué dirán?*... hay, finalmente, que arrostrar el calificativo de beato, neo, exagerado, fanático... sinónimos todos, en nuestros días, de católico rancio á carta cabal.

Y esto ha de tenerlo muy presente tu marido, todavía más que tú, porque los ataques para él serán más fuertes: habrá de luchar y defenderse más, y por lo mismo necesita armas bien templadas, para lo cual conviene que lea un poco libros opuestos á los que antes leía y se aconseje de quien le puede dirigir é ilustrar.

En cuanto á ti, hermana mía, nada te digo por hoy, sino es que sigas animosa la senda que has emprendido, sin arredrarte por sus dificultades, porque el camino del cielo es tan estrecho como ancho el de la eterna perdición.

Procura ocuparte mucho de los pobres, de los ignorantes, de los que sufren; mira en ellos á Jesús, que dice: «Lo que hicieréis con uno de estos pobrecitos, por Mi lo hacéis;» deja pasar lo que pasa, no te preocupes de lo que digan, acordán-

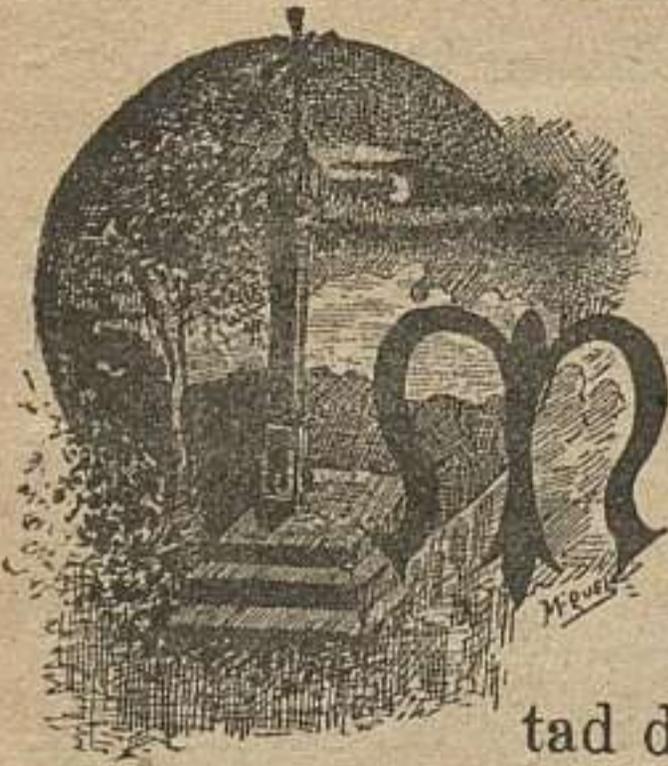
dote siempre de esta buena máxima: *Faire bien et laisser dire...*

Adiós, hermana del alma; dime algo de tu hijo, y con los afectos de todos los de casa recibe un abrazo de tu

CONSUELO.



Barcelona, Diciembre de 189...



Querida hermana: Estoy muy tranquila, y mi dolor toma el tinte suave de la conformidad con la voluntad de Dios: me acuerdo sin cesar de mi Teodora, y no me aflijo desesperadamente, porque creo que me espera en un mundo mejor, á donde iré por la misericordia divina y mis buenas obras.

Pascual y yo hemos decidido emplear su dote, cuantioso cual tu sabes, en la fundación de una escuela para niñas pobres, dirigida por Religiosas: vamos á comprar terrenos en lugar á propósito, y edificar en seguida, para que el día de su Santo el año próximo se inaugure esta Casa de caridad, para lo cual, si no bastan cien trabajadores se pondrán doscientos. Verdaderamente el dinero hace prodigios cuando se sabe emplear para la gloria de Dios.

El día de Navidad repartiré cincuenta trajecitos completos para otros tantos niños pobres, en honor del Niño Jesús, y daré una crecida suma

á la parroquia y á las Conferencias con destino á limosnas... ¡si supieras qué dicha experimento cuando así remedio las necesidades del pobre! ¡qué dulzura siente el corazón cristiano practicando la caridad!

No extrañes que te lo cuente... á ti todo te lo digo, pero á los demás ni una palabra. No quiero recibir la paga de mis buenas obras en este mundo, con moneda de alabanzas; por lo contrario, deseo que ignore la mano izquierda lo que da la derecha, según lo aconseja el Evangelio.

Pascual me ha dicho que va á fundar un periódico católico, con ilustraciones, que se repartirá gratis entre las gentes del pueblo, para contrarrestar la perniciosa influencia de las malas lecturas que todo lo invaden. Esta es una obra que me entusiasma, pues creo que la sociedad se corrompe más cada día por causa de la prensa impía.

Me preguntas por mi hijo... ¡Ay, Consuelo! esa es la nota triste y discordante en el armonioso concierto de nuestra vida de fe... Manolo sigue siendo lo mismo; se ríe de nosotros, dice que antes éramos tan buenos como ahora sin creer *en tantas cosas*: entra en casa á las tres de la mañana; no confiesa, no va á Misa; lee lo peor de lo malo que se escribe, y se ríe de todo, aguardando la hora de la muerte ó la vejez para convertirse...

¡pobre Manolo! ¿quién le asegura que vivirá mucho? ¿quién le puede prometer el día incierto de mañana?

Y lo peor de todo, Consuelo, es que nosotros mismos tenemos la culpa; porque esta conducta es fruto de la educación á la moda que le dimos, y no podemos exigirle otra cosa... el que siembra vientos recoge tempestades.

¿Qué hacer? Orar, llorar, encomendarle constantemente á Nuestra Señora del Sagrado Corazón, abogada de las causas difíciles y desesperadas; acudir á su preciosa capilla para pedirle que salve á mi hijo... Ella es madre, y entiende bien el corazón y las súplicas de las madres... Ella es Reina de misericordia, y la tendrá de mí, diciendo á mi hijo lo que Jesús á Lázaro: *¡Levántate y anda!...*

¡Oh, Consuelo! ¡cómo deploro los años que he perdido en las frívolas vanidades mundanas! ¡cómo compadezco ahora á mis antiguas compañeras, veteranas de salón, capaces de sacrificarlo todo por el mezquino triunfo de sus errados y pobres ideales!... ¡cómo me fastidia Aspasia, y qué largas se me hacen las horas á su lado, oyéndola siempre variaciones sobre el mismo tema... lo que hace fulana... lo que se dijo en la tertulia... lo que se cantó en el concierto... ¡pobre mujer! vieja ya, y entregada por completo



... frívolas vanidades mundanas...

al mundo y sus vanidades, asistiendo á la iglesia porque van la maquesa de P. y la baronesa de C.; haciendo una vida frívola y disipada, que en una joven apenas puede disculparse, ¿pero en una vieja?...

Su charla insubstancial y sempiterna asusta, y todas la agasajan y reciben porque entretiene con la murmuración, que es su pan cotidiano. Créeme, Consuelo, pesa sobre mí como una mole que me aplasta. ¡Si Dios hiciera que se cansara de mi trato y me dejase en paz!...

Adiós, querida hermana, acuérdate mucho de mí y ruega por mi hijo. Te abraza con entrañable cariño tu

GABRIELA.

Barcelona, Enero de 189...



HERMANA del alma!... Voy ganando cada día más terreno, afirmándome más en mis buenas resoluciones, y despreciando con el más completo dominio el *qué dirán*, que ahora me da risa y me parece uno de esos fantasmas con que se asusta á los chicos revoltosos.

Ayer estuvieron á visitarnos unos amigos y nos dieron á Pascual y á mí un ataque feroz. Censurando la vida retraída que hacemos, entraron en discusiones inoportunas acerca de las exageraciones de los católicos; pero cree que se llevaron una paliza descomunal, y si no quedaron convencidos, fueron por lo menos derrotados.

Pascual está delicado de salud... me preocupa... ahora mismo acaba de llegar de la calle y oigo que me llama... dejo esta carta y la proseguiré después.

.....

¡Qué inefable alegría, qué consuelo tan grande me proporciona Dios, hermana mía! vamos á vernos, á pasar juntas unos meses, á practicar unidas el bien y la caridad!... ¿Lo dudas? Pues este viaje no es un proyecto... es un hecho, por que saldremos para Canarias en el primer correo.

— Mi marido está un poco delicado del pecho, y su médico cree conveniente que pase el invierno en un clima templado; al punto nos decidimos por ir á vuestro lado: ¿dónde estaríamos no ya mejor, sino tan bien como ahí? Por lo tanto, prepáranos habitaciones, porque quiero, y tú también lo deseas, estar contigo, en tu casa, cerquita de ti, para copiar tus perfecciones, para imitar tus virtudes, para oírte y meditarte y aprender... quiero poder repetir: *No soy la rosa, pero he vivido á su lado.*

Siento el motivo del viaje, que es la poca salud de Pascual, pero como no es cosa grave, me alegro sobremanera de poderte abrazar. Desde que perdí á mi Teodora no había tenido tanta alegría ni tan inefable consolación.

Además este viaje nos distraerá. Me gusta mucho el mar, ya lo sabes, y como no sufro el mareo, saco todo el partido posible de la vida de á bordo... ¡Es tan hermoso al rayar el alba y en el silencio de la noche meditar en la grandeza del Criador contemplando la belleza del cielo y

la del mar!... ¡Nunca me parece tan sublime y tan inmenso el poder de Dios como cuando le fio mi existencia sobre unas tablas frágiles que son *nada*, en la vasta llanura del líquido y soberbio elemento! ¡Cuánta poesía encierra la creación!...

Manolo, después de protestar contra mi deseo de que nos acompañase, se ha decidido á hacerlo, lo que colma mi contento, pues siempre hubiera estado intranquila dejándolo aquí. Hala- gado por la perspectiva del viaje, proyecta muchas excursiones y visitará todas las islas... ¡si lográsemos reformarlo un poco, Consuelo!...

Adiós, mi querida hermana, bendigamos al cielo porque nos ofrece esta dicha, y escribe pronto á tu amantísima

GABRIELA.

Las Palmas, Enero de 189...

MADÍSIMA hermana mía:
He leído con singular
contento la noticia de
tu próximo viaje á Ca-
narias, y bendigo á
Dios como tú, por este
consuelo que no espe-
raba.

Hacéis perfectamente en venir á pasar el in-
vierno en esta tranquila ciudad, á donde llegan
continuamente familias inglesas en busca de lo
que vosotras buscáis... ¡clima como ninguno!...

En esta época tengo todas las galerías abier-
tas, luce el sol radiante, y no necesitamos incó-
modos y pesados abrigos. Pascual se encontrará
perfectamente; nosotras daremos largos paseos
por el campo cubierto de verdura y flores como si
aquí se disfrutara de eterna primavera: bien dijo
una poetisa que pasó por aquí hace algunos años:

«Sultana favorita de los azules mares
Que tus hermosos sueños arrullan sin cesar,
Que aspiras el aroma de blancos azahares,
A quien ofrecen sombra bellísimos palmares
Y regaladas frutas el verde platanar.

«¡Mansión de los amores, de las delicias nido,
Rival afortunada del suelo en que nací;
Si en Cuba no naciera... quisiera haber nacido
Bajo el ardiente cielo que te cobija á ti!»

¡Ven, hermana mía muy amada! Venid todos,
que mi hogar y mi cariño os espera... el pobre
Federico parece rejuvenecerse y aliviarse con la
promesa de vuestra visita, y hacemos todos mil
deliciosos proyectos que pronto serán realida-
des... Aquí practicaremos el bien, porque hay an-
cho campo para nuestro celo, y faltan obreros en
la viña del Señor... ¡venid, y veréis qué felices so-
mos en esta soledad, lejos del atronador bullicio
de las grandes capitales, tranquilos con la se-
guridad de que vivimos á la sombra del santua-
rio, siguiendo la Ley de Dios y llamándonos á
boca llena católicos de verdad!...

Siempre tuya,

CONSUELO.





ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

VOLUMEN Nº 2972

MCD 2019